

CAPITULO X.

La Beatrice del pintor.

Á los pocos días de haber Lucrecia empeñado, á instancias de la Priora, su palabra, rodeábanla todas las madres de la Comunidad, entretenidas en vestirla de suerte que pudiese aparecer, no ya á los ojos de un artista, á los ojos vulgares, como la Virgen de los cielos en persona. Esta monja le calzaba sandalias de plata cuajadas de piedras preciosas que brillaban como las refracciones del sol en las facetas de los brillantes; aquella le vestía túnica de lino blanco tan ceñida que, sin herir el pudor dibujaba la líneas del cuerpo, la de mas acá le apercibía rojo manto sembrado de estrellas de oro, que recordaba uno de esos ocasos meridionales, en que la luz se arrebola entre nubes de púrpura; la de mas allá ensartaba perlas para un collar que debía atraer todas las miradas al punto donde se encuentran la garganta con el pecho; y todas disponian adornos ó perfiles, ricos y hasta de buen gusto, inútiles, sin embargo, á acrecentar una tan natural y verdadera hermosura. Pero la alhaja, que á todas sobrepujaba en propiedad y brillo, era una corona de oro en forma de círculo que sobre la cabeza debía ir suspendida como la aureola mística, reflejo del divino ether, elevada á los ojos mortales en la frente de los santos, cuyos destellos despiertan los arrobos de la oracion y confunden los éxtasis del divino amor.

Contrariadísima estuviera Lucrecia en otra ocasion, al verse de esa suerte manoseada como antigua imágen; pero, ahora, en el fondo de su alma, apetecía el feliz momento de ver al célebre artista á quien imaginaba profesar un sentimiento de admiracion bien ajeno al amor. Así es que dejábase vestir al arbitrio de la Comunidad y no oponia objecion alguna á cuantos

adornos le echaban encima las buenas madres. Bien es verdad que, dirigido el traje por pintor tan colorista y tan enamorado de las reverberaciones de la luz en el cielo inmenso, no parecia chillon á pesar de los fuertes colores dignos de cualquier veneciano, y cullos bruscos contrastes se avenian dulcemente con una guirnada de azucenas ideada para los piés y con fondo oscuro ideado para la cabeza de tan precioso modelo. Cada monja echó su cuarto á espaldas con arreglo á sus inclinaciones y creencias sobre el suceso que juntaba á la Comunidad en aquel sitio, y distraia sus uniformes horas. Prefiriera Rita que Lucrecia sirviera de modelo á una Judith, imágen de la república florentina; Constanza de personificación á cualquiera de las bellas artes ó las divinas ciencias; solamente Rosa y Perfecta se regocijaban de ver la hermosura de Lucrecia santificada por el pincel de un monje, y se desvivian para dar consejos á la jóven á fin de que reflejase en su frente la luz celeste, repitiese en su ojos la mirada angélica, y copiase en sus labios la sonrisa de los bienaventurados, trayendo el cielo á nuestra baja tierra. La única, que en ninguna de estas cosas se mezclaba, era la buena de Berta, cuyos avizores ojos atisbaban al hermanillo Serafin, medio oculto entre las sombras, por apartado sitio, con la vista fija en Lucrecia, contemplándola, no como un jóven á una jóven, sino como una madre á su hija. Quizás la única persona de quien ni sospechaba ni maldecia la deslenguada Berta, era del pobre Serafin, verdadero santo en su concepto, y sin duda alguna movido de interior sentimiento á la recelosa y vigilante actitud que á la sazón mostraba. Mas no podia Berta adivinar ni la razon secreta ni la causa oculta de tan extraño gesto; que si entraban sus ojos y sus oidos con facilidad en las casas ajenas, no entraba con igual facilidad su inteligencia en las ajenas almas.

La hija de Butti debía ir á una galería muy bañada de luz, y donde Filippo lo tenia todo arreglado para el cuadro. Jamás efigie pasó de una capilla á otra capilla como pasó Lucrecia de la celda á la galería. Precedíanla todas las monjas de dos en dos como en las más solemnes procesiones. Acompañábanla, yendo á su lado, la Madre Priora, que le servia de sosten y apoyo. Brígida iba detrás llavando la cola que se arrastraba mucho mas allá de los últimos bordes del vestido. Y detrás de Brígida las educandas entonando coros apropiados al momento, y parecidos por sus alegres *spicattos* el despertar de una bandada de alondras en las primaverales alboradas.

—El demonio, iba diciendo para sí Brígida, tiene esta muchacha en el cuerpo. Grande diferencia entre el día que para la boda se vistió y hoy en que solamente se ha vestido para una farsa como ésta. Entonces sus ojos eran fuentes de lágrimas, y ahora relumbran como carbones encendidos. Le digo á usted que tiene gracia la manía. Se pone colorada como un pavo, sosteniendo que á la mujer no le cuadra cosa alguna como la maternidad, ni la vale alhaja de ningun precio tanto como un buen marido; y luego en

la boda se viste como si la amortajaran viva, y en el Convento le retoza la alegría por todo el cuerpo, y se parece á una mañana de Pascuas.

—¿Qué murmuras por ahí? Brígida.

Preguntóle Lucrecia.

—Nana, nada, hija mía.

—Creía que refunfuñabas.

—No, no decía nada.

—Pues mira, te aseguro que mezclas al dulce cántico de las educandas resoplidos y resuellos harto desapacibles.

En estas y otras llegaron á la galería. El sitio donde Lucrecia debía colocarse estaba admirablemente preparado. Era como una peana dorada, en torno de la cual pendían guirnaldas de varias flores combinadas con el arte digno del monje á quien debemos llamar el primer pintor de la Naturaleza en su tiempo. Varios niños, medio desnudos, se agrupaban en torno de la peana y salían entre las flores tan gozosos, tan juguetones, tan risueños como si fueran mariposas. Un tapiz oscuro sembrado de estrellas; hacia resaltar en el fondo la figura de Lucrecia que, esclarecida por luz suave, arrebatada de color á causa de las emociones, centellante de mirar, y erguida de postura, parecía en realidad una efigie divina bajada de los cielos para inspirar maravillosa obra á la tierra. A su lado, de pié, devorándola con los oceánicos ojos, el pintor en traje blanco de carmelita, parecía á primera vista la imágen suave del cristiano arte. Y digo á primera vista, porque examinándolo con mas espacio y viendo aquella mirada, veíase tambien algo mas profano: que sus ojos encendidos de pasiones exaltadas contrastaban con los blancos cendales de su monástico sayal, como contrasta el fuego con la nieve en las altas cimas del Etna.

La Comunidad se habia quedado á la entrada de la galería por estar aquel lugar fuera de clausura, y miraba con ávidas miradas desde una reja tan bello espectáculo. Solamente habian pasado hasta el sitio de la escena, Brígida con las educandas, que formaban un grupo al lado derecho del cuadro, y Serafin, enteramente solo al lado izquierdo, Serafin, sobre cuyo tosco sayal de franciscano se elevaba aquella su angélica cabeza parecida á la imágen de los éxtasis y de los arrobamientos. ¿Qué efecto sentiríais si cayérais en una hoguera? Pues ese mismo efecto sintió el alma de Lucrecia al caer sin tener recelo alguno en los ojos de Filippo, el efecto de abrasarse. Otras veces le habia mirado furtivamente, á hurtadillas; en las sombras del misterio, cuando se aparecía á sus ojos como fantasma; á través de la reja de un locutorio, cuando se presentaba á sus ojos como un artista; mientras que ahora le veía sin ningun recelo, cara á cara, frente á frente; en la comunicación libre de dos almas que estallaban á través de retinas encendidas, mirándose como puede mirar un modelo á su pintor y un pintor á su modelo. Tenian los ojos de Filippo dos expresiones igualmente ex-

trañas, pero igualmente suyas: la expresion de sus inspiraciones artísticas y la expresion de sus amores delirantes. Mas era muy difícil distinguirlos como no se distinguen allá en los haces del Vesubio las llamas producidas por la incandescencia de varias materias. La perspicaz y astuta Lucrecia, á pesar de los talentos que todos le reconocemos, no comprendía ni la pasión que inspiraba, ni la pasión que sentía. Engañábase á sí misma, si queréis, pero engañábase con toda sinceridad. Cuando Filippo, con pretexto de darle esta ó la otra postura, le apretaba la mano y casi le infundía el fuego de su sangre; cuando elevaba hasta sus labios aquel aliento encendido que parecía salir de la boca de un horno; cuando materialmente la abrasaba con su mirada; Lucrecia creía ver la tempestad tonante de una grande inspiracion. La luz misma de su conciencia le ocultaba las heridas de su desgarrado corazón. Sentíase feliz en aquel momento, como si su alma errante hubiera encontrado el paraíso con que todos soñaron en la vida, sin hallarlo sino por algunos rápidos minutos. Devolvía las miradas de Filippo con otra mirada no menos enchida de pasión. Y sin embargo creía que no amaba ni era amada. Poco dispuesta á distinguir la línea separatoria de lo ideal y de lo real, fingía que se hallaba en los cielos del arte, fuera de este mundo, por las simas sublimes del espíritu, en compañía de un pintor que era una alma pura, sirviendo de modelo á creaciones imaginarias y abrasándose en el fuego de pensamientos abstractos y vagos, bien lejanos de este mundo y de sus tristes realidades que no podían ser manchados por la divina inspiracion. Como su conciencia no concebía el amor sacrilego, el amor reprobado por la religion, el amor maldecido del mundo, pensaba que tampoco podía sentirlo su gran corazón. No sabía como en las contradicciones continuas de la vida humana suelen ir las ideas por un cauce y los sentimientos por otro. No sabía como el espíritu se sube muchas veces al cielo mientras el cuerpo se precipita en la manchada tierra. No sabía que muchas veces la conciencia ilumina, pero no calienta; brilla en las cimas del sér con rayos vivísimos y no produce ni engendra la vida. Se vé el bien; y se hace el mal. La verdad aparece á la razon pura y la pasión domina á la voluntad subyugada. Pártese el sér en dos séres que mutuamente batallan en abierto combate. Uno de estos séres tiene alas y el otro cadenas. Uno vuela y el otro se arrastra. De este divorcio nacen todas las flaquezas humanas, porque la conciencia nunca cree que el mal sea bien ni que el bien sea mal. Los remordimientos graznan sobre los cadáveres de nuestras virtudes como los cuervos en los campos de batalla. Los dolores vibran sobre las ruinas de nuestra vida moral á manera de los buhos sobre las ruinas materiales. Pero, sin que caiga el alma en el sofisma, cae el cuerpo desprendido de los cielos del alma en el vicio. Este combate iba á comenzar para Lucrecia y la infeliz no lo sabía. La luz de su conciencia no penetraba en los abismos de su corazón.

Pero volvamos á nuestro relato. La escena era tan hermosa que llamaba la atención hasta de los menos dados á la contemplación de la hermosura. Aquella galería adornada para el caso con tapices en la pared, macetas en el suelo, jaulas llenas de pájaros por los aires, objetos artísticos en todas partes; aquella Comunidad que aparecía en el fondo, á través de doradas rejillas mal veladas con rosáceos visos; aquel grupo de educandas en la edad más florida, presidido por la dueña cuyas negras tocas resaltaban sobre los blancos cendales; el carmelita y el franciscano á un lado, con sus sendos hábitos, el de éste tan oscuro, el de aquel tan albo, y sus rostros irradiando la luz de la idea el uno, y el otro la llama de las pasiones; en el centro, sobre peana de flores, como sostenida por los ángeles, bajo dosel de estrellas, Lucrecia radiante de hermosura; todo aquello, en verdad os digo, daba á los ojos un espectáculo tan hermoso como si lo hubiera fingido en una hora de inspiración la más exaltada fantasía.

Brígida, que á sus años y á sus desengaños, no podía estar ni quieta, ni callada un minuto, echó á vuelo seguidamente la sin hueso en alabanza de cuanto veía, y en logro de que todos repitieron por igual en coro sus loores á la incomparable jóven á quien consagraba su existencia.

—Podreis pintar á la linda moza, de gentil disposición, de talle flexible, de ojos bellísimos, de tez sonrosada; pero no podeis pintar su natural bondadoso, su ingenio agudo, las gracias que fluyen de sus labios, el desenfadado despejo de sus condiciones, el hablar suave de su boca. Mírenla qué contenta está, ni más ni menos que si fuera el espejo de las imágenes, cuando por este camino, para vestirlas más que para hacerlas, va á quedarse entre las cuatro paredes del claustro. Y decir que podría tener á estas horas marido poderoso, fortaleza feudal, damas y galanes por corte, y quizá una criatura en ciernes.....

—Vamos, calle esa boca.

Dijo Lucrecia toda encendida.

—Vieja que baila, mucho polvo levanta.

Añadió Filippo.

—¡Vieja yo! dijo Brígida toda espeluznada y furiosa como gata que na visto un perro. ¡Vieja yo! Míren el deslenguado. Las viejas no tienen los novios á docenas como yo los tengo. Las viejas ni aman ni son amadas, como yo amo y soy amada. Las viejas no guardan mis calidades. ¡Mal pecado! Si Dios no me tuviera de su mano, que le arañara hasta sacarle los ojos de la cara y los hígados de la barriga.

En vano intentaron todos los circunstantes detener aquel torrente de injurias: cuanto más la interrumpían, más se sulfuraba, y más disparates vertía de aquella boca, fuente continua de chocheos. Gesticulaba desde su peana Lucrecia sin lograr contener la risa; gritaba el grupo de las educandas á una metiendo mucho ruido; reía á todo reír el bueno de Lippi, que

confesaba haber dado á la Quitañona calificativo inconveniente aunque propio; pero, sobre todos, se levantaba la voz chillona y penetrante de la vieja, aumentada por la fuerza de tanto agravio y el calor natural de la defensa. Solamente á Filippo agradaba, aunque ponía empeño por ocultarlo, semejante algazara, que podría darle pretexto á despejar el campo y quedarse solo con Lucrecia, vivo deseo de su natural impaciente. Así es que, para aprovecharse de tan pródigo alboroto, y preparar el logro de su deseo, dijo en tono muy formal y con voz muy solemne:

—Holgárame de teneros aquí á todos porque gusto de la algazara y de la gresca. Pero me será imposible como continueis gritando de esa suerte, y divirtiendo mi atención del trabajo. La Comunidad me encarga una Virgen que represente el amor divino. Y ya veis el recogimiento que necesitare si con algun acierto debo expresar en la tabla asunto de tal monta y describir imagen de tal grandeza. Por mí haced cuanto queráis. Yo pinto en cualquier parte y de cualquiera manera. Pero ¿y el modelo? Confesad que le distraeis; confesad que le obligais á la risa.

—¿Y quién no se ríe de ver la furia de la buena Brígida y la mansedumbre de Fra Filippo?

Dijo Lucrecia.

—Pues si no miro á la cara de quien me mantiene, y al sitio religioso en que me encuentro, júrote por mi virginidad no tocada, que le veriais el daño.

—Brígida, eres una amazona.

Dijo cierta educanda.

—¿Qué es eso de amazona?

Preguntó Brígida.

—Es una palabra griega compuesta de otras dos, una negativa que es el a y otra afirmativa que quiere decir pecho. Ambas traducidas al habla vulgar significan mujer que carece de un pecho.

—Pues los dos míos están bien redondos y enteritos. Por cierto que los he oído llamar turgentes en más de un soneto amoroso consagrado á mis pedazos.

—Pues mira, no te engrias con tales requiebros, dijo otra educanda, que turgente, voz latina, término es de cirujía, y no de literatura, aplicable en todo caso á los tumores hinchidos de no muy limpias materias. Por manera que debiste decir al osado poeta más flores aun de las que has dicho al padre Lippi.

—En verdad, no entiendo jota de esas andróminas que vosotras armáis, ni de esas cosazas que decís, educandas de convento, en todo industriadas, ménos en las femeniles artes de barrer, fregar, coser, remendar y demás indispensables á las mujeres de su casa. Decidme, ya que sabeis tanto, algo más respecto á ese nombre de amazona con que acabais de condecorarme.

—Se llaman amazonas, añadió una de las mas niñas, como si leyera de corrido algun libro ó recitara de memoria alguna fábula, ciertas mujeres del interior del Asia, viudas de sus maridos los sármatas por las guerras, y que consagradas á la venganza, se quemaban un pecho á los ocho años para sentir toda la viveza de los mas crueles dolores y acostumbrarse á todas las calamidades de las cruentas batallas.

—Vaya, y con esas señoras me comparais á mí, que tengo dos pechos enteros y blandos como rosas de Abril, y un génio dulce y apacible como acaso no hay otro en toda la comarca.

—Ya os digo que no podemos continuar de esta suerte, exclamó Filippo, el cual trazaba sobre la tabla, preparada al efecto, con franqueza y seguridad sus líneas. Ya os digo que impedís mi trabajo por completo. Esas conversaciones apartan mi idea del asunto principal é inspiran risa al modelo. No hay afecto alguno tan contrario á todo cuanto yo quiero expresar como la risa. Mi objeto es divino y la risa eminentemente humana. ¿Qué digo humana? Menos, mucho menos que humana. ¿Habeis visto un Cristo riendo? ¿Podría concebirlo siquiera? Los ángeles del cielo no prorrumpen, no, en carcajadas. La risa proviene de lo ridículo, y lo ridículo proviene de nuestra limitacion y de nuestra fragilidad incurables. Por consiguiente la risa no cuadra á mi asunto ni es propia de mi modelo. Ahora llega el resultado de todas estas observaciones precedentes. Necesito que os marcheis todos sin excepcion. Lo pido por favor. Si no accedeis á esta demannda mia, recurriré inmediatamente á la Priora, y la instaré para que ordene lo mismo que yo pido.

—Vaya, hermano Lippi, vaya. Déjenos estar aquí.

Gritaron las educandas con el mimo propio de su edad.

—Yo no me voy, gritó Brígida. Pues no faltaba otra cosa. Yo no quiero dejar á Lucrecia sola con ese camastron de fraile.

—Te prometemos callar.

Aseveró Serafin.

—¡Si es tan bonito esto!

Dijo una educanda.

—Si nos gusta tanto ver pintar.

Añadió otra.

—Si nunca hemos presenciado este espectáculo.

Aseveró una tercera.

—Imagínate, dijo Serafin, dirigiéndose á Filippo, que una creacion ofrece al ánimo recreo y esparcimiento. Estas pobres muchachas, que hoy tienen el solaz de ver á un grande artista empeñado en una grande obra, no pueden renunciarlo con la facilidad que tú imaginas. Súfrelas un poco, Filippo, que harto segura es tu mano y harto firme tu cabeza.

—Vereis como no me dejáis hacer cosa de provecho, replicó Filippo, tra-

bajando y departiendo al mismo tiempo. El espíritu necesita de verdadera concentracion para la obra de crear, tan dificultosa, tan sobrehumana. Y con vuestros dichos, con vuestros cuentos, con las continuas disputas so-plais en mi mente muchas ideas opuestas á las que verdaderamente necesito, y deteneis mi brazo.

—Yo creí lo contrario, dijo Serafin, porfiado mantenedor de la idea de quedarse en aquel sitio, yo creí que este aleteo de las jóvenes, y esta conversacion ligera, y esta alegría sincerísima, y estos dichos agudos, y todo esto, lejos de distraerte y contrariarte, serviría para animar tu inspiracion y para sostener tu pincel. Te he visto trabajar en los jardines de Florencia y no he notado que necesitaras ese silencio y ese recogimiento ahora tan vivamente deseados. Aquello zumbaba como una colmena. Aquí se oía el resoplido del escultor fatigado y el golpeo de los cinceles en los mármoles. Allí un grupo de jóvenes entonaba armonioso coro al son de los melódicos violines. Bajo un haya y sobre una piedra recitaba cierto retórico arenga medio griega sobre el amor eterno y las ideas arquetípicas de Platon. Al susurro de los arroyos y de las hojas mezclábase la lectura de los versos. Por todas partes promovíanse disputas sobre arte, ciencia, religion, política. Y tú, sereno, con el pincel y la paleta en las manos, ora convertías la vista á tu modelo, ora el pensamiento á lo interior de tu alma, y trazabas aquellas figuras que surgian animadas y que llevaban en la frente el signo de tus inspiraciones y en los ojos el placer y el éxtasis de la vida.

—¿Y qué?

Preguntó Filippo.

—¿Qué?

—¿A dónde vas con ese discurso?

—Pues no has menester mucho cacumen para adivinarlo.

—A demostrarme que puedo emprender esta obra magna de mi vida con la misma ligereza que las obras ligeras.

—En fin, nos estaremos como en misa.

Dijo una educanda.

—¿Como en misa? Pues cuando entráis en misa, moveis tal ruido que ya, ya.....

Respondió Filippo.

—No sea Su Paternidad machacon.

—¿Qué machacon ni qué ocho cuartos! Soy pintor y conozco lo que exige mi arte.

Cualquier observador pudo notar fácilmente con detenerse un poco en aquella controversia entre el artista y su público, que Lucrecia, la mas interesada, no tomaba parte alguna ni en favor ni en contra de los contendientes. Consecuencia natural esta del estado de su ánimo. Deseaba allá en su interior quedarse sola con el artista, y no osaba decirlo ni á los de-